

de naufragio o recuerdo en arena o memoria.  
Dejemos que él nos saque la risa enclavijada,  
la macabra alegría o el abortado grito.  
Dejad a sus hormigas que devoren el tiempo  
y que abran el postigo que da a los albañales.  
Echad por la ventana pétalos de azafrán,  
que ya viene mugiendo con su gran cornamusa  
el Vino, mal prior o ronco burgomaestre  
en la Ciudad--Convento de insospechado rito.  
¡Oh sus canes, con lengua de antiquísimo trapo!  
¡Oh sus caballos fétidos, ciegos como la noche!  
¡Oh su halcón insaciable de polvorientas alas  
cruel como el hierro frío que se templó con llanto!  
Y sus almenas blandas de sueño y cortesía  
y sus frías esquinas de filo de navaja  
y aun ese caracol de escalones movibles  
que llevan al olvido o a las renunciaciones.  
Vengan todos cubiertos de peplos de amapolas,  
de altísimos sombreros de paja mal podrida,  
cantando o salmodiando, orinando a destiempo,  
rumiando los espartos de la amistad insólita.  
Traed a vuestros hijos, vuestros peores hijos,  
ésos que no apreciáis hasta que el vino llega;  
ésos que os acompañan cuando todos se marchan  
y os ofrecen el hombro leve del equilibrio.  
Salgamos contra el viento que desplazan los toros  
del Vino. Desnudados, que viene su tormenta;  
que bajan sus mil manos a palpar vuestro cuerpo  
con caricia de amante que se vació los ojos.  
El Vino, el Vino llega, con su marea cándida,  
con su lenta invasión de azules abejorros.  
¡Salid los que esperais la libertad más cómoda!  
Perrazo fiel, el Vino os lamerá las manos.

Federico MUELAS.